

Carlostadio. Todas cuantas veces tengan la verdad de su parte; pero si caen en el error, que les sirva el diablo de acólito.

Lutero. Conque, doctor, ¿escribireis abiertamente contra mí?

Carlostadio. Si no lo llevais á mal, doctor, os doy mi palabra de que quedareis servido.

Lutero. Allá va un florin en prenda, doctor.

Carlostadio. Seria un tuno si no aceptase la apuesta, doctor.

Entonces Lutero sacó de su bolsillo un florin de oro, y presentádoselo á Carlostadio, le dijo:

—Tomad, y portaos con valor.

—Ya lo ven Vds., dijo Carlostadio enseñando el florin de oro á los circunstantes; el Dr. Martín me da este florin en prenda y en señal de que me faculta para escribir contra él.

Lutero le tendió la mano.

—Es verdad, dijo.

Y llenando un gran vaso de cerveza, que ofreció á su adversario, añadió:

—A vuestra salud, doctor.

Carlostadio tomó el vaso, y llenando el de Lutero, dijo también:

—A la vuestra; pero en la firme inteligencia, y con la condicion de que no habeis de atormentar mas á mis pobres impresores; y que, concluida nuestra disputa, no opondreis ningun obstáculo al nuevo género de vida que quiero abrazar. Concluido este asunto, quiero vivir labrando la tierra.

Lutero. Nada temais: dejaré en paz á vuestros impresores, pues yo mismo os provoqué á que me ataquéis. Os he dado un florin para que no me guardéis ningun género de consideraciones; cuanto mas fuerte sea el ataque, más contento quedaré de vos.

Carlostadio. Que Dios os ayude; yo haré todo lo posible porque quedeis satisfecho.

Dicho esto, se dieron las manos, y se separaron.

Lutero salió de Jena, y se dirigió á Cala, cuya poblacion acababa de hacer pedazos el Crucifijo de la catedral. Lutero reunió los trozos, y los colocó secretamente en una capilla cerrada. En seguida subió al púlpito, y predicó sobre los profetas y sobre la obediencia debida á los magistrados.

Después tomó el camino de Neustadt, y el 31 de agosto llegó á Orlamunde, donde le esperaban con impaciencia. Habia enviado delante á Wolfgang para dar parte de su llegada al burgomaestre de la ciudad, y para pedirle que convocase el Senado y los ciudadanos, con el objeto de conferenciar con ellos, segun le habian manifestado.

El burgomaestre salió acompañado de los magistrados hasta las puertas de la ciudad, para recibir y complimentar al doctor. La figura del fraile era severa y casi colérica. Saludó á sus huéspedes sin siquiera quitarse su bonete cuadrado, contentándose con hacer una ligera inclinacion de cabeza. El burgomaestre iba á arengarle; pero Lutero le interrumpió, so pretexto de que tendria tiempo para hacerlo en el pretorio, y entró en Orlamunde en un carruaje, que rodeaban los magistrados y senadores.

Luego que llegaron al pretorio, el burgomaestre comenzó de nuevo su arenga; dió gracias á Lutero en nombre del Senado y del pueblo, porque se habia dignado venir á visitarlos, y le suplicó que predicase la palabra de Dios.

Lutero respondió que no habia venido á Orlamunde para predicar, sino para conferenciar con el Senado y el pueblo sobre el contenido de las cartas que le habian escrito.

Se sentaron á la mesa, é hicieron traer cerveza. Lutero y los magistrados cambiaron numerosos brindis, segun costumbre alemana. La noticia de la llegada de Lutero habia cundido por toda la ciudad, y no tardó en presen-

tarse una multitud de ciudadanos, que deseaban ver y oír al doctor de Wittemberg. Unos y otros le pedían que predicase, añadiendo:

—Sabemos que os somos sospechosos, y que acusáis nuestra fe: subid, pues, al púlpito, y si vuestra palabra es palabra de verdad, se abrirán nuestros ojos, y confesaremos nuestros errores.

—Ya he dicho que no vengo á predicar, respondió Lutero.

Y sacando de su bolsillo una carta que había recibido el 17 de aquel mes:

—Decidme, preguntó: ¿de quién es este sello?

—Son las armas de la ciudad, respondió el burgomaestre.

—¿No es de Carlostadio esta carta, replicó Lutero, quien sin duda para mejor engañarme habrá puesto el sello de Orlamunde?

—Esa carta, repuso el burgomaestre, la reconozco muy bien; es la que nosotros le hemos dirigido. Carlostadio no ha escrito ni dictado una sílaba, y el sello de la ciudad está demasiado bien guardado para sospechar que haya podido servirse de él.

Impacientado Lutero, abrió la carta, y leyó lo siguiente:

«La paz de Dios por Cristo Nuestro Salvador, querido hermano: Andrés Carlostadio, nuestro Pastor, nos ha dicho, al volver de Wittemberg, que desde vuestro púlpito nos habeis llenado de invectivas, y nos habeis presentado como espíritus de desorden y de error, aunque jamás nos habeis visitado ni oído. Vuestros escritos prueban que nuestro Pastor no nos ha engañado. En el que habeis dirigido á los príncipes sajones, ¿no cubris de menosprecio á los que, fieles al precepto de Dios, no quieren ni ídolos mudos, ni imágenes pagadas, á cristianos que pintáis con unos colores, que solo habeis podido encontrar en vuestra cabeza,

pero nunca en la Escritura? Nosotros, que somos los miembros del Cristo, y la viña del Padre, no podremos mirar como la carne de Jesús al que en lugar de reprendernos con un espíritu de caridad, nos hiriese con sus punzantes ironías.

«En nombre de Dios os rogamos que no deshonreis así á los que han sido rescatados á precio de la sangre de Jesús, hijo único de Dios. Direis: «Ved qué discípulos de Cristo, que no pueden sufrir la menor acusación, llamándose, como se llaman, hijos del que tanto ha sufrido.» Es verdad; pero ¿no sabeis que Jesús trataba con enérgica aspereza á los escribas y judíos que pasaban por justos, y que ha orado por sus verdugos? Per lo demás, nosotros estamos dispuestos á daros cuenta en todo y por todo de nuestra fe y de nuestras obras. Entre tanto, venid á visitarnos; venid á conferenciar con nosotros. Si estamos engañados, sacadnos del error con palabras de dulzura y de caridad, en nombre de Jesús y de la gloria de su nombre y de su Iglesia. Respondednos con espíritu de paz.

«ORLAMUNDE 17 de agosto de 1524.»

—¿Quereis, dijo Lutero, que os diga en qué habeis pecado? En primer lugar, dando el nombre de Pastor á Carlostadio, que nunca le han reconocido ni el duque de Sajonia, ni la Academia de Wittemberg.

—Pues si Carlostadio no es nuestro Pastor legítimo, la doctrina de San Pablo es una mentira, y vuestros libros una decepcion, respondió uno de los senadores; porque nosotros lo hemos escogido y elegido, como lo atestiguan nuestras cartas á la Academia de Wittemberg.

Lutero no tuvo nada que replicar; pero pasando á otro punto de la carta, continuó diciendo:

—Habeis pisado, en segundo lugar, las imágenes y las estatuas.

Iba á continuar, cuando entró Carlostadio, y tomó

asiento entre los circunstantes, despues de saludar á Lutero.

—Doctor, dijo á este saludándole de nuevo; con vuestro permiso, vengo á tomar parte en la conversacion.

—¡Eso sí que no lo sufriré! respondió Lutero.

—Como querais, doctor.

—No, no; sois mi enemigo, mi adversario. ¿No os he dado un florin de oro?

—Es verdad, doctor; adversario y enemigo de cualquiera que combate contra Cristo y la verdad.

—Dejadnos, replicó vivamente Lutero; para nada os necesitamos aquí.

—¿Pues no es este un acto público? Y si teneis la verdad en vuestro favor, ¿por qué me teneis miedo?

—Porque me sois sospechoso, y seriais á un tiempo juez y parte.

—Sospechoso ó no, no me constituyo en vuestro juez: vuestro enemigo, en hora buena; pero, ¿qué importa eso?

Entonces Wolfgang Stein, volviéndose al arcediano, le dijo:

—Doctor, se os ha enviado á Jena; marchad allá.

—¿Y quién os ha erigido en mi señor, para que me deis órdenes? Enseñadme la cédula del principe.

Impaciente Lutero, hizo señas á su cochero para que enganchase los caballos, y amenazó con abandonar á Orlamunde si Carlostadio no se retiraba.

Algunos de los circunstantes rodearon al arcediano, le hablaron en voz baja, y Carlostadio salió de la sala.

Lutero reanudó entonces su discurso, y sostuvo que ni en el púlpito ni en sus escritos habia hablado nunca de los habitantes de Orlamunde, pues tenia otros asuntos que le llamaban mas la atencion en Wittemberg.

—Sin embargo, dijo el secretario de la ciudad; en mas de un libelo habeis comparado á los que proscriben las imágenes con los espíritus de las tinieblas. ¿Cómo no he-

mos de creernos aludidos, cuando nosotros hemos hecho pedazos con nuestras manos las estatuas de nuestros templos? Mentís, pues, doctor.

—He hablado en general, repuso Lutero: vuestra ciudad no es la única que ha hecho la guerra á las imágenes. Me acusais sin razon, y vuestra carta es insultante, pues me negais en ella un titulo de honor que los principes, los grandes, el pueblo y hasta mis enemigos me conceden. El sobre de la carta dice: «Al doctor cristiano Martin Lutero;» y en el discurso de la carta me tratais como si no fuese cristiano.

—Nuestras espresiones son justas y fraternales, dijo el burgomaestre.

—Citad, añadió lleno de ira un hombre del pueblo, citad una sola espresion injuriosa.

—Hé ahí el tono y la cólera de los profetas, dijo el doctor: vuestros ojos, amigo mio, parecen dos carbones encendidos; pero no me abrasarán. Mas veamos, añadió, en qué lugar de la Escritura habeis leído que era necesario abolir las imágenes.

Hubo un momento de silencio.

—Voy á responder, dijo un senador. Maestro, querido hermano, ¿creeis que Moisés fue el promulgador del Decálogo?

—Sin duda ninguna.

—Pues bien. ¿No está escrito en el Decálogo: «No tendreis otro Dios que yo,» y no añade Moisés á este precepto divino, para esplicarlo: «Quitareis de entre vosotros todas las imágenes, y no conservareis ninguna?»

—Pero eso se entiende de los ídolos y de las imágenes á las que se les tributa adoracion, y de ningun modo de la imagen de Jesus crucificado que yo adoro, respondió Lutero.

—Pues bien, dijo un zapatero; al pasar yo por delante de las imágenes pintadas en la pared ó erigidas en los ca-

minos reales, me he descubierto muchas veces: siendo este un acto de idolatría que Dios indudablemente condena, es necesario abolir las imágenes.

—Ese es un abuso; y si por abusos se han de proscribir las imágenes, desfondad vuestros toneles.

—Esa no es razón, replicó otro; porque Dios ha creado el vino para nuestro sustento y nuestra necesidad; y no nos ha mandado que nos deshagamos de él, mientras que el precepto sobre las imágenes hechas por mano del hombre está terminante.

—Estais equivocado, replicó Lutero; en el Decálogo no se trata mas que de los ídolos á los que se rinde adoración.

—Os lo concederia, dijo el zapatero, si Moisés no hubiese querido hablar de toda clase de imágenes.

—¿Moisés? contestó Lutero.

—Disputémos, añadió el zapatero; pero ante todo dadme la prenda del combate.

Entonces Lutero le alargó la mano, que el zapatero tomó y apretó, mientras iban á buscar la Biblia.

La discusion fue viva y animada: el zapatero gritaba y gesticulaba como un energúmeno, citando las palabras inconexas de la Biblia, que pescaba al vuelo en su memoria.

—¿Sois cristiano? le preguntó á Lutero con ademán terrible: pues ya que rechazais á Moisés, supongo que aceptaréis, al menos, el Evangelio traducido por vos.

—Veamos: ¿Qué dice el Evangelio?

—Jesus dice en el Evangelio, no sé en qué parte, pero mis hermanos lo saben por mí; que debe uno quitarse los vestidos cuando se va á acostar.

Lutero, que estaba en pie, se sentó al oír esta cita singular, y se tapó la cara para ocultar su risa.

—¿Conque esto significa, dijo cuando pudo contenerse, que es necesario abolir las imágenes? ¡Admirable germanismo, por cierto!

—Indudablemente, dijo otra voz, eso significa, en efecto, que Dios quiere que el alma se despoje de toda idea terrestre.

Llegaron por fin con los libros de Moisés traducidos al alemán por Lutero, y uno de los presentes le leyó los capítulos xx del Exodo y iv del Deuteronomio, y dedujo de este doble testo que las imágenes y todas las demas figuras estaban prohibidas por Dios, y que ningun cristiano podia hacerlas ni guardarlas.

—Pero leed, repetia el doctor; se trata de ídolos que vosotros no adorais.

—En el testo no se usa de la palabra *ídolo*, dijo una voz: «No harás ni guardarás ninguna imagen.»

—El testo del Deuteronomio está claro y explícito, replicaba el zapatero: «Cuidad de vuestras almas; el dia que el Señor os habló en Horeb, ¿no visteis alguna semejanza, no fuese que, engañados, hiciéseis para vosotros alguna semejanza de escultura, ó alguna imagen de baron ó de hembra...» ¿Está esto claro?

—Continuad, repuso Lutero: yo os lo suplico.

—«No sea que, elevando vuestros ojos al cielo, veais el sol y la luna, y adoreis por un grosero error los astros del cielo?»

—Pues bien, prosiguió Lutero: ¿por qué no quitais de la creacion el sol y la luna?

—Es que las estrellas del cielo, exclamó el zapatero, no son obra de nuestras manos: el precepto divino no habla de ellas.

Entonces el butgomaestre pretendió y sostuvo que ellos seguian la palabra de Dios; y que estaba escrito que no se debía quitar ni añadir nada al Verbo del Señor.

—¿Es decir que me condenais? repuso entonces Lutero.

—Ciertamente, dijo el zapatero; á vos, y á cualquiera que hable y enseñe lo contrario de la palabra de Dios.

—Injuria que un niño pudiera arrojarme al rostro, respondió Lutero subiendo al carruaje.

Pero uno de los jóvenes le detuvo, agarrándole por el hábito.

—Antes de partir, maestro, decidnos una palabra sobre el bautismo y sobre el sacramento de la Eucaristía.

—¿No teneis mis libros? le respondió el fraile. Pues leedlos.

—Los he leído todos, y bajo mi palabra de honor, no me satisfacen.

—Pues si hallais algo que os desagrade, escribid contra mí.

Y marchó.

—¡Al diablo, á todos los diablos, esclamaron á un tiempo todos los circunstantes; y que ellos te rompan el espinazo y las piernas antes que salgas de aquí!

La historia de la Reforma ofrece fenómenos que no se han apreciado como merecen, y de los cuales se pueden sacar altas lecciones de moralidad. Antes de la aparición de Lutero, los sacerdotes católicos vivian en Orlamunde en paz con sus feligreses. Viene Lutero, y se los separa de estos violentamente, se les espulsa de su presbiterio, se les despoja de su autoridad, y su ministerio pasa como una herencia á Carlostadio.

Carlostadio, elegido segun el rito de San Pablo (ya habeis oido al teólogo zapatero), se ve en seguida proserito por Lutero y réemplazado por un ministro alimentado con la palabra del pontifice de Wittemberg. La iglesia de Orlamunde goza de paz hasta la llegada de otros Pastores que han cambiado de nombre, y se llaman calvinistas; y estos recién venidos sublevan las conciencias contra los hijos del diablo, como llaman á los luteranos, á los cuales espulsan de sus sillas, que se apropian á su vez.

—¡Espectáculo lamentable es, en verdad, el que ofrecen millares de ministros luteranos, proseritos con sus muje-

res y sus hijos, y reducidos á mendigar el pan de la caridad, dice Olearius. El calvinismo no queria sufrir al luteranismo. Habia recurrido al principe Casimiro, con un manifiesto formulado en dos versos latinos, en que, para acabar con el culto rival, dejaba al soberano la eleccion entre la espada, el tormento, el agua, la cuerda y el fuego:

*Oh Casimire potens, servos expelle Lutheri,
Ense, rota, ponto, funibus, igne neca.*

El viejo Tossauns (Daniel) proponia un medio todavia mas simple y mas espedito para destruir las sillas luteranas, y era cortar el cuello á todos los que las ocupaban.

—Si yo fuera Emperador de romanos, decia, no dejaria la vida á mas súbditos míos que los que tuviesen mi fe y mi creencia.

Carlostadio no tardó en llevar la pena de su conversacion de Jena. El elector Federico lo desterró de sus Estados, lo mismo que al predicador Remhard, que habia reunido y publicado las actas de la disputa. Carlostadio se vió obligado á viajar, pidiendo de puerta en puerta. Al salir de Orlamunde escribió á sus habitantes, quejándose de su rival. En la carta firma «Andrés Bodenstein, *espulsado por Lutero sin haber sido oido.*»

Dejemos por un momento al reformador, y veamos por qué medios triunfa en Alemania su obra revolucionaria. Estos medios son: la secularizacion de los conventos, el casamiento de los frailes, el despojo de los bienes del clero, y las usurpaciones del poder civil.